

clasificación baconiana,¹ pudiéramos decir que en semejante materia, como en otras análogas, se presentarán consultores *hormigas*, tan escrupulosamente apegados á las buenas prácticas de sus mayores, que tendrán por osadía rayana del sacrilegio introducir en ellas la más mínima reforma; consultores *arañas*, temperamentos de arbitristas con domicilio perpétuo en los espacios imaginarios, menospreciadores de la tradición, atrevidísimos innovadores; y en fin, consultores *abejas*, cuyo sazonado saber junta en uno lo bueno pasado y lo bueno presente, las antiguas prácticas á los modernos adelantos y á las exigencias actuales, armonizándolo todo con firme y suave prudencia, que es la ciencia de las atinadas aplicaciones.² A tales hombres pertenece el buen consejo.

Y pertenece asimismo á los muy buenos, aunque no rayen muy alto en la humana sabiduría.

No ignoraba yo cuán principal elemento sea la virtud en la composición de la autoridad ya histórica, ya científica, ya de dirección y consejo; y conocía casi desde niño el magnífico análisis que hizo de esto un célebre romano para un degenerado mozo su hijo.³ También había notado en el sermón primero del Salvador el modo particular como allí se promete á los limpios de corazón la eterna bienaventuranza;⁴ y había leído en el

1. *Empirici, formicee more, congerunt tantum et uluntur. Rationales, aranearum more, telas ex se conficiunt. Apis vero ratio media est...* etc. Nov. Org.

2. *Summa*. 2^a 2^o q. 47.

3. Cicerón. *De officiis*. II.

4. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. Matt. V.

Eclesiástico este pasaje: *Anima viri sancti enunciat aliquando vera, melius quam septem circumspectores, sedentes in excelso ad speculandum*.¹ Y en fin, había hallado la misma doctrina en más de un insigne crítico, por ejemplo en el que sus compatriotas, siguiendo á Víctor Cousin, han dado en apellidar «el Angel de la Filosofía»;² y en el incomparable Melchor Cano, que en su gran libro cuidadosamente la autoriza y adelgaza;³ pero he de confesar que no lo sabía más que de memoria, hasta que me lo hizo comprender una larga experiencia. Hay más. Como enseñan críticos y místicos, es certísimo, nadie lo dude, que mejoran las almas en vista y gozan de luz más clara, á medida que se allegan á Dios, luz de las luces y criador de los sentidos y de las inteligencias; pero en casos como el nuestro, adviértese una causa particular, que contribuye poderosamente á iluminarlas. La abnegación, tan propia cualidad de los buenos, madre de las bellas acciones y principio de la vida cristiana⁴ es de suyo sobremanera inventiva, y en hartas ocasiones con aciertos admirables y como inspirados; género de privilegiada intuición, que sorprende y encanta. Una humilde señora de las que apenas saben leer y escribir, ó una simple Hija de la Caridad, ó una de esas maravillas del cato-

1. "El alma del varón justo descubre algunas veces la verdad, mejor que siete centinelas apostados para atalayar en alto sitio." Eccli. XXXVII.

2. *L'esprit devient plus pur, plus lumineux, plus fort, et plus étendu, à proportion que s'augmente l'union qu'il a avec Dieu*. Malebranche. Rech. de la vérité. Préface.

3. De locis. lib. X.

4. Matt. XVI.

licismo, que llaman Hermanitas de los Pobres, suelen poner de repente diáfanas, y como descubiertas al sol de medio día, intrincadas cuestiones de beneficencia práctica, en las que doctos muy doctos, discutiendo largamente y revolviéndolas en todos sentidos, así atinaban con la solución como si mirasen á través de un yunque. Muchas veces lo he visto, atónito de verlo.

¿Me atreveré á entrar en más menudos detalles?

Propondría de buena gana que, componiéndose de tres miembros la dirección, uno fuese persona de viso, perteneciente al clero secular diocesano; otro del clero regular, y el otro un caballero seglar, bienquisto, poderoso, influyente; y ojalá que los tres de antemano estuviesen unidos por lazos de mutua simpatía. La amistad aumenta y refuerza la unión, y con la unión la energía; hace muy más llevadero el trabajo común, sostiene en la fatiga, rehace en los desmayos, y da con todo eso no sé qué de inquebrantable al esfuerzo de colaboradores amigos. *Quumque plurimas et maximas commoditates amicitia contineat, tum illa nimirum præstat omnibus, quod bona spe præluceat in posterum, nec debilitari animos aut cadere patitur.*¹

Por lo demás, habiendo de ser cabeza de toda la empresa el centro directivo, está dicho que su elección es punto de capital importancia.

Mas la Junta directiva primero y ante todo ha

1. Entre las muchas y grandísimas ventajas que trae consigo la amistad, la más preciosa es sin duda, la de dar á los amigos confianza en el porvenir, y de no dejar que los ánimos desmayen ni se rindan.—*Cic. De Amie.*

de ser junta fundadora; y el norte y blanco de sus designios en esta primera parte de sus tareas, crear una asociación proporcionada al fin que se persigue, y que se baste á sí misma. Tenga auxiliares y aliados; pero en cuanto cabe serlo, sea autónoma.

A ella, pues, tocará exclusivamente determinar el fin práctico, y los medios á él conducentes, esto es, á quiénes, qué y cómo ha de enseñarse; clasificando las necesidades y acomodando á cada especie sus propios y adecuados remedios; que no es lo mismo doctrinar á los adultos que á los niños; ni en cuanto sea posible se han de reunir en la misma lección personas de sexos diferentes, ni la ciudad es como el villorrio, ni el arrabal como el apartadísimo rancho.

Lo único igual en adultos y niños, en hombres y mujeres, en ricos y pobres, en ciudadanos y rústicos, es el valor de las almas.

A la Junta directiva corresponde también, como á un estado mayor general, reclutar, reglamentar y distribuir el personal docente.

Y en fin, toca á la Junta directiva la enojosa, mas al cabo indispensable tarea de allegar recursos.

A mi juicio el medio más probado es crear juntas subalternas, que ya el uso, con ofensa de los indignados manes de Baralt, va consintiendo en que se digan *comités auxiliares*. Conviene que unos se compongan sólo de hombres y otros solamente de damas; que todos sean independientes entre sí, pero que cada uno dependa lo más posible de la Junta directiva. Así lo he visto practicar y lo he practicado yo mismo con feliz éxito.

Es menester que no arredre á la Junta la perspectiva de una interminable correspondencia: en casos como éste, á mayor trabajo corresponde mayor é incalculable ganancia.

La experiencia me ha enseñado también, que importa grandemente multiplicar y subdividir las juntas subalternas. El respeto, el pundonor, la abnegación; la generosidad, la emulación santa y fecunda, la actividad, el vigoroso conato, el ferviente esmero, la constancia; todos estos y otros manantiales de la beneficencia, los mengua, tal vez hasta secarlos, la fusión, ó más bien la confusión que nace de la muchedumbre; y por otra parte, sabido es que en lo humano la eficacia de cualquiera dirección está en razón inversa del número de los dirigidos. Una persona que se nos presenta cara á cara, ó siquiera fácil de distinguir en escaso grupo, y la misma persona como anegada é invisible dentro de un concurso numeroso, viene á ser dos muy diferentes personas. Y esto digo hablando de los seguidores del Evangelio, de los que, si no incomunican entre sí ambas las manos, tampoco anuncian á són de trompeta sus limosnas.

Tratándose de los que, ó no lo saben, ó no lo entienden, ó no les gusta, y de cualquier modo no siguen el *in abscondito* del sermón del monte; importa más, mucho más, poner, en cuanto quepa, de relieve á cada individuo. Es sin duda lícito aceptar su ayuda, y suele ser ayuda valiosa, porque no son pocos los adultos niños, que, tomándolo por verdad muy práctica y muy útil, se dicen seriamente á sí mismos en el secreto de

sus vanas complacencias lo que, burlándose de su infantil pasión, decía Persio:

“At pulchrum est digito monstrari et dicier *hic est.*”¹

La verdad y el verso permiten que pueda también leerse *haec est*, aunque no autorice la variante ningún apollado códice.

Humilla pensarlo y da vergüenza decirlo; pero ni las obras buenas espirituales, si son de monta y han de ser duraderas, se pueden llevar á cabo sin dinero en este mundo tan bajo y tan de lodo. Mas como vimos que no han de faltar catequistas, se verá que no faltarán recursos. Nunca faltaron para tales obras. Hiera el suelo el báculo pastoral de VSI, y brotarán como por encanto suscritores, que atraerán á muchísimos otros; y á todos, con ayuda de Dios, mantendrá y mejorará en sus nobles y caritativos propósitos el centro directivo.

Esto que ahora escribo no lo sé certificadamente, lo imagino; aunque sin dudar que imaginando acierto. Conozco mucho á nuestra raza ya directa, ya comparativamente, y afirmo sin temor de engañarme, que no hay otra más hidalga ni dadivosa; en especial cuando lo bien nacido de las personas anda mejorado con aumentos de una sana educación, y sublimado con lo sobrenatural de las luces y virtudes propias del cristianismo. Cierto que no es vulgar la junta de todas estas condiciones, pero tampoco rara; y tal cual se halla en el país, basta á nuestro objeto.

Ahora mismo dan los mejicanos, creo que aquí, y sé que en Europa, no poco para misiones. Santa

1. “Es honroso que la gente diga de uno, *vedlo ahí*, señalándolo con el dedo.”

limosna, que más ordenada pudiera ser todavía más santa.

En todo debe reinar el orden, y sin duda por entenderlo así, lo llamó Bossuet «alma del universo.» Recuerdo que San Gregorio Nacianceno viene á decir lo mismo y en qué oración lo dice, aunque del texto á la letra no me acuerdo.

Reina, glorificando á su Autor de día en día, de noche en noche con loores mudos pero magníficos en la naturaleza material,¹ dispuesta en medida, y número y peso;² y regulada por constantes y armoniosas leyes.

Reina en el universo intelectual, y tanto, que de la idea de orden sacó Juan Luis Vives su hermosa definición de la sabiduría; si no remedo, reminiscencia, á lo que yo presumo, de un pasaje de San Agustín lleno también de sentido y de belleza.

Reina en el arte. Las reglas más importantes de la poética de Aristóteles, las de Horacio, los preceptos más fundamentales de Cicerón con su *Caput artis decere*, los de Quintiliano como aquel de *Curam verborum, sollicitudinem rerum*; los de San Agustín, verbigracia, *Ne doctor serviat verbis, sed verba doctori*; y aquella sentencia de oro del cisne de Cambrai *L'homme digne d'être écouté est celui qui ne se sert de la parole que pour la pensée, et de la pensée que*

1. "Los cielos dan pregones de tu gloria,
Anuncia el estrellado tus proezas,
Los días te componen clara historia,
Las noches manifiestan tus grandezas."

Psal. XVIII.—Trad. de Fr. Luis de Leon.

2. *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti.*—Sap. XI.

pour la vérité et la vertu,¹ ¿qué son sino aplicaciones inmediatas de la idea de orden? Ni es otra cosa en las artes plásticas la unidad proporcionada, base de la belleza estética.

Pues en el universo moral, en los dominios de la voluntad libre, reina de tal modo el orden, que pudo escribir San Agustín con aplauso del mundo entero: *Mihi videtur quod definitio brevis et recta virtutis est ordo amoris*; definición magníficamente amplificada por el santo filósofo en otro célebre pasaje.²

De ella hizo, además, una como síntesis de la filosofía de la historia: *Fecerunt civitates duas amores duo*, y lo demás que allí sigue.³

Trascendental pareció este principio á Van Viane, y de él quiso deducir toda la ética. Honroso empeño,

"Quem si non tenuit, magnis tamen excidit ausis;"⁴

y mostró la meta y señaló el camino.

Siendo pues la virtud *ordo amoris*, no será maravilla que se sujete al orden la caridad, que es toda y propiamente amor, y tan suprema virtud; y en efecto, aunque anchísima y universal de suyo, hay en ella más y menos, antes y después, primero y segundo. *Suorum, sed MAXIME domesticorum.*⁵ *Necessitatem PRIUS pro suis delictis*

1. Lettre à l'Acad.

2. "Páreceme que puedo definir breve y rectamente la virtud, diciendo que es el orden del amor, ó el amor ordenado."—*De Civ. Dei* XV. —*De Doct. Christ.* I.

3. *De Civ. Dei* XIV.

4. "Y si no fué dichoso el éxito, fué gloriosísima la empresa."—*Metam.*

5. "Por los suyos, *mayormente* si son de la familia."—1^a *Tim.* V.

*hostias offerre, deinde pro populi.*¹ MAXIMUM TE PRIMUM *mandatum, secundum simile huic.*²

Y como bien sabe V S I, las diferencias de grado, las antelaciones, las preferencias, que impone á la caridad el orden, debenser, no sólo efectivas ó de beneficencia, sino además afectivas ó de amor; ni se limitan á lo natural, sino que trascienden y pasan á lo sobrenatural; ni solamente son loables y de consejo, sino de precepto, y por ende obligatorias. Así lo enseñan, reflejando su luz en los menores, dos luminares mayores de la teología, el Doctor Angélico y el sabio y decisivo Suárez.³

Allí se verá también cómo en la hermandad humana *cæteris paribus*, es más, y antes y primero, el que tiene más y mejores títulos de *prójimo*, según la etimología y el valor usual de esta palabra.

Ahora bien, no hay duda sino que aproxima sobremanera unos hombres á otros la patria común, la conciudadanía; lazo sagrado y obligatorio, el más obligatorio y sagrado después de los que nos unen á Dios y á nuestros padres. *Post Deum est homo maxime debitor parentibus et patriæ. In cultu autem patriæ intelligitur cultus omnium concivium.*⁴

Hay, pues, obligación de querer y hacer bien,

1. "Primeramente por sus pecados y después por los del pueblo."—*Hebr.* VII.

2. "Este es el máximo y primer mandamiento: el segundo es semejante á éste." *Matt.* XXII.

3. *Summa*: qq. *De præceptis chritatis. De præc. mor. veteris legis. De charitate quantum ad ordinem diligendorum. De beneficentia. Suárez: De fide, spe et charit.*

4. "Después de Dios á nadie debe tanto el hombre como á sus padres y á su patria; y por patria se entiende todos los conciudadanos."—*Summa. q. de Pietate.*

más, antes y primero á nuestros conciudadanos, que á los extranjeros; más, antes y primero en Méjico á los mejicanos, que al malayo, al persa ó al kalmuco.

Y no se diga que por esa cuenta las paredes domésticas ó las fronteras políticas se oponen á la caridad y la minoran: no son límites, son cauces de la beneficencia; la regulan, pero no la combaten ni la empuñan.

No hay oposición, y sí amistad muy íntima entre la caridad y el orden, y así pudo escribir el Apóstol en una misma carta y casi juntos estos dos preceptos: *Omnia vestra in charitate fiant; omnia autem secundum ordinem fiant.*¹

No se ha de excluir al extranjero por extranjero, si hay con qué ayudarle ordenadamente; pero siendo limitado y no suficiente para todos el bien de que se dispone, manda el orden que se empiece á socorrer por el compatriota, si tanto como el extranjero lo necesita.

Esto mismo con generalidad propia de su divino ingenio, lo dice también San Agustín en aquel texto repetidas veces copiado por Santo Tomás, y en llegando á tratar este punto, por los teólogos moralistas. *Cum omnibus prodesse non possis, his potissimum consulendum est, qui pro locorum et temporum et quarumlibet rerum opportunitatibus, constrictius tibi quasi quadam sorte junguntur.*²

1. "Todas vuestras cosas háganse con caridad, pero háganse con orden."—I *Cor.*

2. "No siendo posible ayudar á todos, has de socorrer principalmente á los que están, como por suerte, más estrechamente ligados contigo; sea en razón al tiempo (contemporáneos), sea en razón al lugar (compatriotas), sea por otras circunstancias."—*De Doct. Christ. I.*

Y dice muy bien. Atienda el padre muy principalmente, *potissimum*, á sus hijos, el amo á sus criados, el ciudadano rico á sus conciudadanos pobres, el párroco á sus feligreses, el prelado á su diócesis, cada autoridad á sus propios súbditos; y así nadie quedará desatendido, y el socorro no podrá menos de ser más prudente y más amplio. Se ve mejor la necesidad que cae más cerca: á visión más clara, más difícil engaño y compasión más viva; y á mayor compasión mayor largueza.

Pero aun mirada la cuestión bajo el solo punto de vista de la necesidad, se resolvería como se ha resuelto.

Si en una reunión de personas medianamente instruídas se trata de salvajes que sería preciso civilizar, de paganos que es menester convertir, luego alguno de los interlocutores cita el centro de Africa, el reino independiente del Congo con sus naturales aledaños, ó sean los diversos países que por todas partes, menos por una muy estrecha lengua de agua, lo rodean.

Y cierto, como imponente grandeza de extensión poblada de hombres, no sé qué otra se le podría oponer en toda la redondez de nuestro globo. La región, que se alza entre los océanos Índico y Atlántico, desde el Sahara y los desiertos de la Nubia hasta el Orange, el Kalahari y el Limpopo, es inmensa; si no hay hipérbole en aplicar tan grande adjetivo á dos centésimas partes de un tan pequeño todo, que mereció ser tratado de «poca cosa» por Cristóbal Colón, y en latín de *pilula hæc nostra* por el insigne Kepler.

Como quiera, en esa región habitan... ¿quién lo sabe? tal vez ochenta ó cien millones de hijos de Dios, que rinden parias al diablo; no petrificados aún por el Corán, pero sumidos en indecible ignorancia y en la más degradante idolatría. Espectáculo sobre toda ponderación tristísimo, que no puede menos de conmover á quien tenga en el alma una centella de fe y un corazón en el pecho. En esto no cabe duda.

Pero ¿es verdad que no hay otro Congo en Méjico? ¿Es verdad que desde el Bravo del Norte hasta Belice y del Gila á Guatemala, no pululan millares y millares de verdaderos idólatras, y cientos de miles de bautizados ignorantísimos, que no merecen el nombre de católicos? *Nisi quis orationem dominicam et symbolum memoriter teneat, catholicus esse non poterit.*¹

¿Y qué dirían los belgas de Banana y de Stanley Falls, los franceses vecinos y los del Gabon, los portugueses de Angola y de Mozambique, los alemanes del Cámeron, de la Hotentocia y de Zanguébar, y los ubiquistas ingleses, si fuéramos á pedirles socorro para las misiones de Méjico? Lo que diría toda esa buena gente, no lo sé; pero á buen librar volveríamos con las manos vacías y en opinión de mentecatos.

No pidamos, pues, limosna al Congo; pero tampoco se la enviemos, mientras tengamos otro Congo en casa. Lo primero no sería cordura, y

1. "El que no sabe de memoria la oración dominical y el símbolo (de los apóstoles) no puede ser católico."—Canon atribuido al Concilio VI general en el Códice de S. Bavón de Gante, é inserto además en la Capitular de Teodulfo.—V. *Labbe*.

lo segundo la misma caridad bien ordenada nos lo veda.

Cierro este párrafo con otro muy breve de Séneca. *Errat si quis existimat facilem rem esse donare: plurimum habet hæc res difficultatis, si modo consilio tribuitur, non casu spargitur.*¹

Casu spargere! Al que así obra, ¿para qué le habrán dado entendimiento y discurso?

No sin miedo de pecar de osado me arrojé á indicar á V S I lo ya escrito en punto á la formación y primeros pasos de la Junta directiva.

Pero dije además que el principio ordenador, de que tratamos, tiene que ser *perenne*.

Paréceme lo más fácil de este empeño reclutar catequistas, juntarlos en grupos, constituir el cuerpo de una sociedad, darle cabeza, establecer la circulación vital entre ella y los miembros, poner el todo en movimiento, y aun empezar los trabajos con vigoroso empuje; pero conservar ese ardor, no pararse ni menos decaer, antes levantarse y progresar de continuo; *hoc opus, hic labor est*, señaladamente tratándose de señoras.

Sin ellas poco ó nada bueno se hizo nunca en asuntos de caridad: lo dice la Biblia y lo confirma la historia. Donde no interviene corazón de mujer, jamás logra cabal remedio la miseria: *Ubi non est mulier, ingemiscit egens.*²

Al revés, cuando legítima y ordenadamente

1. Yerra el que se figura que el ejercicio de la liberalidad ó largueza es cosa fácil. No es sino harto difícil, si se quiere repartir con prudencia, y no desparramar sin orden ni concierto."—*De Beat. Vit.* VII.

2. Eccli. XXXVI.

intervienen señoras en este linaje de asuntos, se pueden esperar prodigios.

Nadie como ellas, nada como su generosa é incansable flexibilidad para el costoso y duro esfuerzo de menospreciar quietud y comodidades, arrostrar fatigas y sinsabores, abajarse á pedir limosna, no necesitando nada para sí mismas; y exponerse á sabiendas, por de contado, á fríos y enojosos recibimientos, cuando no á vergonzosa repulsa. Esto en las damas, en su delicadísima sensibilidad, es inapreciable mérito, digno, si lo anima una intención recta y cristiana, de inefable galardón, muy más alto que la más alta gloria del mundo y que cuanto pudieran darles príncipes ni reyes.

Y si tales son para sufrir, no valen menos cuando se trata de obrar con eficacia. Firmes y denodadas como las convicciones de la conciencia, activas como el deseo y la esperanza, sagaces é industriosas como la caridad que las anima; llaman á todas las puertas, afrontan impasibles todas las caras, replican á todas las respuestas, ruegan por los más influyentes nombres de la tierra y del cielo, insisten, importunan, asedian, y logran por fin, lo que sin ellas no se logra.

Pero si han de durar este valor y aquel esfuerzo, es menester sepan las señoras que álguien de ellas respetado las mira de cerca, que se estima en mucho su cooperación, que agradarán si trabajan, que entristecerán si se descuidan; honrarlas siempre, reunir las á menudo, hablarles, rogarlas, animarlas.

Por algo escribió el de Mantua y repitió la an-

tigüedad aquello de *varium et mutabile*; y lo que adolece de esta enfermedad, no se cura sino juntándolo á lo que es uno y perenne.

Aunque en grado menor, también con los hombres se necesita seguir la misma táctica.

Y en general las sociedades, en que no hay comunicación continua entre la cabeza y los miembros, suelen tener desastrada historia: vigor momentáneo, desmayos repetidos, decadencia prematura, parálisis, y al cabo de tan pobre vida ignominiosa muerte.

Importa no menos una dirección perenne y sin cesar vigilante para conservar entre los catequistas la concordia, que tiene muchos enemigos: el homicida primitivo,¹ que nunca duerme, enconado aborrecedor de los hijos de Eva y de sus buenas obras, en especial de las muy señaladamente cristianas; la diversidad natural de intereses, opiniones y gustos; y las pasiones humanas, sobre todas los celos, llamaradas funestas de amor extraviado, que se derraman alguna vez del seno mismo de la caridad y la destruyen. Esto y menos basta para convertir la más amistosa cooperación en envidia y guerra; que al principio fermentan escondidas, y á lo último estallan en estrepitoso y destructor escándalo. He visto ya dos veces, sangrándome de verlo el corazón, congregaciones de santos, si bien santos de la tierra, que después de haber obrado largo tiempo grandes cosas en armonía como de ángeles, merced á un poco de esta dañada levadura de celos, acabaron en partidos, odios, riñas y ruínas.

1. *Homicida ab initio*.—Joan. VIII.

Ya pues que se haya reclutado y organizado la hueste catequística, falta ponerla en movimiento; y el impulso, que nunca podrá ser demasiado eficaz, ha de venir de arriba, del prelado de la diócesis.

Y ojalá lo diera, no un prelado sólo, sino el episcopado entero de la república.

En todo caso, aplauso y honor, y bendición de Dios y de los hombres al que empiece. ¡Qué misión tan magnífica la suya! ¡Qué lauro en la historia patria! ¡Qué gloria en los anales de la Iglesia! ¡Qué corona en el cielo! Téngolo desde ahora por merecedor dignísimo de todas aquellas inmortales alabanzas que da el Eclesiástico, al fin del libro, al Pontífice Josías; si bien á condición de que obre sin tardanza.

No ignoro qué y cuán útil cosa es á menudo no apresurarse, retardar el paso, comprar años por días, aguardar pacientemente la oportunidad, por más que cueste aguardarla; pero jamás pude comprender qué se gana con perder el tiempo. Sin contar que por la calle de *mañana*, como dice con donaire suyo el P. Nieremberg, se va á la casa de *nunca*. Y el tiempo, Ilmo. y Rmo. Señor, es un traidor muy grande, que finge darnos aquello que nos quita. Cada año que añade á nuestra edad, es justamente un año gastado, un año de menos; y al fin, en lo más distraído de esta fatal ilusión, de repente ¡adiós vida y mundo! «dame ahora mismo cuenta rigurosa de tu mayordomía.»